

Luis Herrero

Donde la tierra se acaba

1

Lira, cerca de Finisterre. 17 de diciembre de 2019

Aquel martes de diciembre el cielo no estaba de buen humor. El viento de poniente arrastraba hacia la costa un manto de nubes color ceniza y la luz de la aurora apenas encontraba resquicios para imponerse a la oscuridad. De vez en cuando, algunos destellos luminosos tintaban de nácar nimbos pequeños. Pero eran reflejos fugaces. Luego los claros se cerraban de nuevo y el manto de nubes volvía a oscurecerse.

David McFarlan, de pie sobre la arena húmeda de la playa de Lira, trataba de rescatar de la penumbra los colores que almacenaba su memoria. Al cerrar los ojos, el gris cobalto del mar se tornó azul marino. Las crestas de espuma, de plata ennegrecida, se volvieron blancas como la sal, y los farallones de roca comenzaron a brillar como huesos de albaricoque. Cuando los abrió de nuevo, todo volvió al color del acero pulido. Entonces acudieron a su cabeza las palabras del abad Ismael: «De los regalos que la naturaleza hace al hombre, ninguno es comparable al de la radiante luz del sol».

Al evocar al anciano sacerdote de Muxía, una sensación de angustia mezclada con una dolorosa contracción en la boca del estómago se apoderó de él. Algunos de sus consejos

aún pugnaban por modelar el dictado de su conciencia. «Nada funciona —le dijo la primera vez que hablaron—, pero hay que levantarse cada mañana con el ánimo de que todo puede cambiar».

Hacía falta una fe que McFarlan no tenía para aceptar esa pauta de conducta. Ya habían pasado tres años desde que llegó a aquella aldea que se asomaba al confín de la tierra conocida y sabía que los días de luz y las nubes de nácar eran breves intervalos de un sol que siempre acababa devorado por las tinieblas. Las cosas no cambian, antes o después regresan a su destino.

Esa ley implacable fue la que le condujo al lugar que los griegos llamaban la tierra de los muertos. Cynthia Donaldson, la mujer que había iluminado los dos mejores años de su vida, murió por su culpa. Él la mató. Su brillo se perdió entre las sombras.

De pronto, la voz de Cynthia se encaramó a la rompiente y su cuerpo imaginario brotó del dique donde se levantaba el agua. La vio con cara de búho y cuerpo de mujer, como si fuera la meiga de mal agüero que anuncia a quien la ve la llegada de su propia muerte. Para él, sin embargo, su visión no significaba el presagio de un destino trágico. Ya no tenía ningún sentido aferrarse a la vida. El único amor que le importaba le aguardaba al otro lado del espejo.

—*Post mortem dileximus* —dijo en voz alta.

La primera vez que Cynthia le habló de Finisterre le explicó que cuando la tierra era plana, el mundo se acababa allí. Las almas iban al mar en busca de la vida eterna a bordo de barcos que se despeñaban en el abismo de la nada.

Dickens, con la cabeza ladeada, comenzó a ladrar con impaciencia. Una sombra se desplazaba a la carrera por la orilla del mar. McFarlan escrutó la penumbra y al cabo de unos segundos distinguió la silueta de Manuel Cabaleiro, el sargento de la Guardia Civil del puesto de Muxía. Cabaleiro vivía en Portocubelo y casi todas las mañanas, al amanecer,

aunque cayeran chuzos de punta, salía a correr por la playa de Lira. Después, se duchaba, daba cuenta de un buen desayuno, subía a su pequeño Fiat 500 de color rojo y enfilaba la carretera local 550 hasta llegar al cuartelillo. El viaje, de cuarenta y cinco kilómetros, rara vez se demoraba menos de una hora.

Desde la lejanía, avisado de la compañía por los ladridos de Dickens, el sargento alzó el brazo para saludar a McFarlan. Era un hombre alto, de pelo rubio, con perilla bien recortada sobre una tez oscura, labios gruesos y brazos de acero. Rondaba los cuarenta. McFarlan le devolvió el saludo agitando la palma de la mano.

A pesar del intercambio de gestos amistosos, Dickens no dejó de ladrar. Era un retriever de color arena que recelaba ruidosamente de cualquier peligro potencial. Y, para él, todos lo eran. Sin embargo, la primera caricia le hacía bajar la guardia y su desconfianza inicial se transformaba en rendida mansedumbre. No había perro más zalamero y agradecido que él con los hombres untuosos. McFarlan creía que lo habían maltratado siendo un cachorro y que arrastraba desde entonces traumas instintivos. Lo encontró en un descampado, abandonado y famélico, a los pocos días de llegar a Lira. Vio en él la horma de su zapato. Creyó que si le ayudaba a recuperarse también se ayudaría a sí mismo.

—*Cala, can do diaño!* —le ordenó McFarlan con tono imperativo.

Pero el perro no obedeció. Esa era otra de las cosas de Dickens que a McFarlan le sacaba de quicio. Si esa misma orden se la hubiera dado cualquier otra persona, el animal hubiera dejado de ladrar al instante. No era capaz de entender que su marcado acento americano convertía las voces gallegas en sonidos indescifrables. Por muy desarrollado que estuviera el sentido del oído canino, la capacidad de identificar pronunciaciones tan dispares quedaba fuera de su alcance.

McFarlan se acuclilló delante de Dickens y mirándole directamente a los ojos repitió la orden en un castellano de sonoridad bostoniana:

—¡Cállate, perro del demonio!

El perro aún respondió con ladridos más impacientes. Entonces recurrió a la técnica que había aprendido en los últimos meses: puso la mano izquierda bajo su hocico y lo acarició suavemente con los nudillos. Los ladridos cesaron de inmediato. Era un método infalible. La mujer que se lo enseñó sabía cómo tratar a los seres desamparados, de eso no había duda.

Al recordarla se puso en pie.

Las olas rugieron como lamentos furiosos.

Su ritmo cardíaco se aceleró de golpe.

Ocho meses antes, aquel mismo mar la había escupido a la orilla de la playa como si fuera el resto de un naufragio. La primera vez que la vio, tendida en la cama, su piel estaba tan pálida que parecía tintada por una lechada de cal. Aún dormía. Mechones dorados, apelmazados por la humedad, ocultaban sus párpados. Había tanta placidez en su semblante que irradiaba luz de otro mundo.

A Cynthia también la había iluminado por dentro aquella misma luz. No había duda de que ambas mujeres eran seres luminosos que procedían del mismo planeta. Su mero recuerdo le obligó a entornar los ojos para que su destello no le cegara. Iguales en todo, casi idénticas, las dos habían alumbrado su vida con una intensidad parecida antes de desvanecerse.

Las dos fueron soles devorados por las tinieblas.

McFarlan concentró toda la energía que le quedaba en no bostezar. Se sentía exhausto, agotado. Era como si su cerebro estuviera envuelto en lana, y tenía la sensación de que sus ojos irritados eran demasiado pequeños para sus cuencas. Absorto en ese pensamiento, observó la playa por última vez.

Dickens correteaba a su alrededor, olisqueando barrones y correhuelas. El viento acarreaba la arena hacia el pequeño terraplén, tachonado de camariñas y lirios marinos, que se

elevaba hasta alcanzar la meseta ajardinada que rodeaba la casa. Cuando McFarlan dio media vuelta, el océano bramó a su espalda. Él lo tomó como una despedida y musitó un gruñido imperceptible a modo de respuesta.

Comenzó a caminar con determinación. Escaló el desnivel con largas zancadas y se dirigió hacia la entrada de una pequeña cabaña rectangular de madera oscura y techumbre a dos aguas que desafiaba la cercanía del mar con descaro. A la izquierda de los peldaños que subían al cobertizo, junto a un camino de lajas color malva, crecía una higuera de ramas lisas. McFarlan arrancó de cuajo una de las que se abrían hacia el exterior y entró en la casa con ella en la mano. Las cañas le miraban con malicia desde los acantilados.

Las baldosas de la cocina estaban heladas bajo sus pies descalzos. Le sirvió comida a Dickens, calentó en el microondas el café que quedaba en la cafetera y bebió un sorbo. Luego rebuscó en los cajones de la encimera y eligió un cuchillo de hoja afilada. Con él limó los codos de los brotes más pequeños de la rama, la recortó para que midiera aproximadamente un metro y talló la punta en forma de horquilla dejando que los lados de la uve apenas sobresalieran unos milímetros del vértice. Cuando obtuvo lo que buscaba cruzó la puerta de cristal de la cocina y se sentó frente a su mesa de trabajo, situada en uno de los costados de la estancia principal.

La cabaña solo tenía tres habitaciones. El dormitorio, con baño incorporado, estaba en la parte posterior. La cocina ocupaba el lateral de la izquierda. El habitáculo más grande, casi cuadrado, albergaba todo lo demás: salón, estudio, comedor y sala de billar.

Había libros distribuidos por todas partes. De derecha a izquierda y de arriba abajo. Estaban embutidos en las estanterías que cubrían de techo a suelo las paredes del salón, esparcidos sobre la mesa del comedor, apilados en el suelo y tirados en los asientos. Cuando McFarlan estaba pasado de alcohol, que era casi siempre, lanzaba los libros al aire y los

dejaba caer a plomo sobre el suelo. Luego los dejaba en el sitio y la postura que determinaba el azar. Los dos únicos sillones desocupados eran los que miraban a la chimenea. El hogar era de piedra y una traviesa de madera rústica embellecía el borde superior de la garganta.

Alrededor del billar no había demasiado espacio para moverse. Las pilas de libros que estaban pegadas a las paredes rodeaban el perímetro de la mesa por tres de los cuatro lados del rectángulo, delimitando un pasillo de un par de metros de ancho. El otro costado, libre de obstáculos, comunicaba directamente con el estudio de McFarlan. La mesa había sido el tablero de un buque de bandera inglesa que se fue a pique en 1982. Un amigo lo encontró en la playa, lo limpió con alcohol de quemar y lo barnizó con aceite de Tung. Tenía cantoneras doradas en las esquinas y refuerzos de hierro en la estructura para darle consistencia. McFarlan se la ganó en una inolvidable partida de póker: escalera real frente a escalera de color, un golpe de fortuna sin precedentes que a McFarlan le hizo soñar con la llegada de tiempos mejores. Pero la racha no tuvo continuidad y su vida regresó a la pesadumbre de siempre.

El escritorio estaba tan desordenado como el resto de la habitación. Alrededor de la máquina de escribir había papeles convertidos en gurruchos esféricos, libros abiertos boca abajo, media docena de rotuladores sin caperuza y dos vasos de licor con restos de orujo blanco. Muy pegada al borde superior de la mesa, haciendo la función de pisapapeles de un mazo de folios mecanografiados a doble espacio, sorprendía la presencia incongruente de una Browning de caza del calibre 20 con la báscula niquelada. A su derecha estaba el teléfono. Una luz parpadeaba. Alguien había dejado un mensaje. Y dado lo intempestivo de la hora, McFarlan sabía perfectamente que solo podía tratarse de su agente.

«Me dijiste que habías enviado el borrador de la novela por correo, pero aún no he recibido nada. Mi paciencia tiene un límite, David, y tú casi lo has colmado».

La voz de Patricia Belasco sonaba exageradamente digna, como si hubiera querido exteriorizar su enojo de una forma civilizada. El tono de sus palabras sugería que su paciencia, en efecto, había llegado al límite. Necesitaba pruebas fehacientes que acreditaran que McFarlan había terminado de escribir el libro por el que la editorial le había pagado un buen anticipo. Ella sospechaba que aún no había escrito ni una sola línea, a pesar de que él le dijo un mes antes que el primer borrador ya iba camino a Nueva York por correo ordinario. McFarlan no tenía ordenador, y por lo tanto carecía de correo electrónico. Tampoco usaba teléfono móvil, ni tarjetas de crédito. Había proscrito de su vida cualquier dispositivo tecnológico que pudiera delatar las coordenadas de su paradero.

«Aún no he recibido nada...».

Sí, lo del envío postal fue otra mentira. Al escuchar el mensaje de Patricia por segunda vez, McFarlan sintió el ascenso de la culpa por su garganta como un reflujo ácido. Patricia Belasco había sido su agente desde el inicio de su carrera como escritor. Gran parte del éxito de su primera novela era mérito suyo. Como buena puertorriqueña tenía un temperamento combativo, de sangre caliente, que la llevaba a defender con pasión las causas en las que creía. Y, al principio, nadie creyó más que ella en la causa de David McFarlan.

—Eres condenadamente bueno, Dave. Nadie explora las emociones humanas con un cinismo tan tierno y embaucador como el tuyo. Quien no te conozca pensará que eres una buena persona.

Hubo un tiempo en que Patricia también pensó que McFarlan era una buena persona. Empezó a llamarle Dave la misma noche que se besaron cuando ella tenía dieciséis años. Su padre había enviudado pocos meses antes y ella tuvo que internarlo en un sanatorio cuando empezó a perder la cabeza. Fueron a visitarle aquella tarde.

—Si te acuestas con mi hija —le dijo a McFarlan— no vuelvas por aquí nunca más o te partiré las piernas.

Esa misma noche se quedó a dormir en su casa.

«Los vientos grises, los vientos fríos / soplan donde yo voy. / Percibo rumores de muchas corrientes / en lo profundo. / Todo el día y toda la noche, escucho/ cómo fluyen de aquí para allá...».

Cuando Patricia comenzó a recitar el poema de Joyce, McFarlan posó sus labios sobre los de ella. Sus cuerpos se acercaron hasta fundirse en un abrazo. Mientras la desnudaba, le susurró al oído:

—Todas las corrientes profundas que fluyen por mis venas me llevan a ti.

Patricia se enroscó a su cuello y le respondió:

—Medea ha dormido a la serpiente que protege lo que tanto deseas. Soy toda tuya, Dave. Y lo seré para siempre.

Veinticinco años después, en la voz de Patricia Belasco ya no quedaba ningún vestigio de pasión. El resto del mensaje del contestador solo reflejaba decepción y desesperanza:

«Cuando almorzamos el mes pasado en Santiago de Compostela pensé que las cosas estaban mejorando. Creí que querías tener la mente despejada para cuando Ingrid Bergman volviera a encontrarse con Bogie en Casablanca. Pero estaba equivocada. No sé qué ha pasado, Dave, pero no puedo seguir esperando un milagro que no se va a producir. Si no lo haces tú, nadie lo hará en tu lugar. Solo tú puedes lograr que las cosas cambien».

McFarlan cogió la taza de café entre las manos y miró hacia la penumbra del jardín, pero solo vio el reflejo iluminado del interior del salón en la ventana de la cocina. Tuvo que obligarse a aceptar que aquel hombre de ojos hundidos que le devolvía la mirada era él mismo.

Eligió un folio en blanco y comenzó a escribir con letra apresurada. Rellenó las dos caras sin un solo tachón. Firmó la carta, la releyó despacio, la dobló en cuatro partes y la metió

en un sobre. Luego fue a una de las estanterías y buscó el ejemplar de *Los héroes griegos*, de Karl Kerényi. Sabía dónde encontrarlo. Lo abrió al azar y guardó el sobre entre sus páginas.

Después acudió al dormitorio, se quitó la ropa y se puso debajo de la ducha. La sensación del agua tibia resbalando sobre su cuerpo le recordó que hay pequeños placeres por los que merece la pena seguir con vida. Luego se enjabonó la cara con brocha y se afeitó con cuchilla de barbero. Eliigió ropa limpia —camisa blanca de franela y pantalones de pana de color hueso— y regresó a la cocina. Sirvió dos tazones de café y los puso encima de la mesa, uno enfrente del otro, como si estuviera aguardando a que alguien viniera a hacerle compañía. Se sentó en la silla más cercana a la puerta y bebió lentamente de su taza mientras observaba cómo humeaba la de su acompañante imaginario.

Durante los ratos que estaba sobrio, el sabor del café le transportaba a una época lejana en la que, siguiendo los consejos de Rilke, excavaba en sí mismo tratando de averiguar si debía convertirse en escritor. Pasaba horas en vela, desde que salía el sol hasta el amanecer del día siguiente, tratando de construir su vida de acuerdo a esa necesidad. Le bastaba con que al final del esfuerzo una sola línea de las que había escrito fuera lo bastante buena. Era el café lo que le mantenía despierto. Gracias a él la vigilia llegó a ser más poderosa que el sueño.

Cuando apuró su taza, cogió la otra, todavía humeante, y la tiró al cubo de la basura sin vaciarla.

Luego volvió de nuevo a su escritorio. Sentado en su silla de trabajo contempló con distante emoción el Nacimiento que le había regalado el abad Ismael durante su primera Navidad en Lira. La Virgen María, San José y el Niño ocupaban un viejo establo de madera. Cada año, el monje se encargaba de colocarlo donde McFarlan pudiera verlo, con la esperanza de que su contemplación llevara algo de paz a su alma atribulada.

—Paz a los hombres que ama el Señor —le dijo el sacerdote cuando lo llevó a la cabaña por primera vez.

—¿Y qué pasa con los otros hombres? —preguntó McFarlan con retadora ironía.

—No hay otros hombres. El Señor es el Sumo Hacedor de todo lo creado y ama por igual a todas sus criaturas. Así que el significado del saludo navideño es sencillo: paz para todos. Sin excepción.

—¿También para los tramposos y los indignos?

—El ángel dirigió ese saludo a los pastores de Belén, que eran la escoria social de su época. Sus coetáneos les consideraban tan poco de fiar que en los pleitos judiciales ni siquiera se les admitía como testigos. Para Dios no hay seres indignos.

—Yo lo soy.

—Lo que tú creas no importa demasiado. Nadie es buen juez de sí mismo. Dejarás de pensar así cuando consigas perderte y encuentres la paz que buscas.

—Yo no busco la paz, padre. Solo busco el olvido.

—Entonces buscas algo imposible. Dios no olvida jamás a ningún hombre. La paz es un regalo de Navidad. Quedarse en paz significa quedarse sin deudas. Desde la primera Nochebuena, Navidad y paz son las dos caras de la misma moneda. Espero que este Nacimiento te ayude a recordarlo.

Aquella conversación siempre ocupó un lugar destacado entre sus recuerdos más doctos. Por un instante, el hecho de revivirla hizo que le flaquearan las fuerzas. Sintió en su interior un impulso desconcertante y decidió cortarlo de raíz. Sabía que si lo dejaba crecer acabaría adueñándose de su voluntad y el remordimiento le impediría seguir adelante como tenía planeado.

Desde ese momento actuó con una decisión irreflexiva, como si estuviera poniendo en práctica una coreografía que hubiera aprendido de memoria.

Quitó la hoja que estaba en el carro de la máquina de escribir y leyó la última frase del texto: «Los grises vientos, los fríos vientos soplan donde yo voy». Y luego, más abajo: «Fin».

Apartó la escopeta que sujetaba el mazo de folios mecanografiados, los cogió con ambas manos para que no se desparramaran y los puso delante de él. Colocó la hoja que acababa de releer al final del montón y, a lápiz, cambió el título que aparecía en la primera de todas.

Tachó *Esperándote* y escribió *Donde la tierra se acaba*.

Luego llevó a Dickens a la cocina.

—Eres el amigo infiel más leal que he tenido nunca —le dijo mientras acariciaba su cogote con la palma de la mano.

Antes de dejarlo encerrado abrió la puerta de la nevera.

Cuando regresó al salón buscó en su colección de vinilos el álbum *What a Wonderful World* y dejó que la voz de Louis Armstrong acarrearra suficiente valor a su ánimo para poder consumir el plan establecido. Las fotografías que reposaban sobre la traviesa de la chimenea —John Kennedy Toole, Virginia Woolf, Allan Poe, John Berryman, Ernest Hemingway y un joven y sonriente David McFarlan— le contemplaban con un gesto de extraña complicidad.

Finalmente cogió la Browning con la báscula niquelada, se aseguró de que la horquilla que había tallado en la rama de la higuera encajara bien en el gatillo, se sentó en uno de los sillones que miraban a la chimenea y puso la escopeta en su regazo.

El sargento Cabaleiro detuvo en seco su carrera por la playa cuando escuchó el sonido del disparo. Los cormoranes que estaban posados sobre las rocas alzaron el vuelo sobresaltados por la detonación y desaparecieron entre la niebla. Sus graznidos sofocaron los lejanos ladridos de Dickens.

Entonces, un ojal de claridad, como la llaga de una lanzada en el cielo, perforó el manto de nubes y un chorro de luz se derramó por sus bordes como si fuera oro líquido. Cuando se precipitó sobre el mar, el brillo del sol chisporroteó entre las olas.

2

Lira, cerca de Finisterre. Abril de 2019. Ocho meses antes

Cuando apretó el gatillo de su Browning del calibre 20 con la báscula niquelada, David McFarlan ya sabía que la bala iba a dar en el blanco. Fue un impacto limpio. Entre ceja y ceja.

Antes de desplomarse, su víctima le miró por última vez. Dos ojos oscuros y brillantes reflejaron la ansiedad de la luz que agoniza.

¿Por qué?

Si el lenguaje de las miradas fuera audible, el sonido de esa sencilla pregunta habría horadado el silencio que se apoderó del instante posterior al disparo.

McFarlan no se inmutó. Acostumbrado a darle a la vida el único valor que exige la propia conveniencia, la muerte le parecía un trámite anodino, estrictamente funcional, sin traza alguna de solemnidad o de trascendencia. Le traía al fresco lo que pudiera aguardar más allá del último suspiro. Ese era un enigma reservado a los muertos. Él aún estaba vivo.

Se acercó al cadáver con parsimonia. Todavía había rastros de pólvora en el aliento que inhalaba por la nariz. Sujetaba el rifle con la mano derecha como si fuera una jabalina. Con la mano izquierda sacó el pañuelo que llevaba en el bol-

sillo delantero de la guerrera, lo agitó en el aire para desdoblarlo y se sonó ruidosamente un par de veces antes de volver a guardarlo en un bolsillo del pantalón.

Desde las copas de los árboles, los pájaros respondieron con trinos acompasados al bramido de sus fosas nasales. El luto silencioso de la naturaleza se evaporó. La vida volvió al trajín de sus detalles sonoros. Las ramas de un pino se estremecieron. Un suave golpe de viento trepó entre ellas como si el espíritu del cuerpo sin vida que yacía junto al tronco hubiera alzado el vuelo definitivo. Al agitarse, las hojas le dedicaron un trémulo adiós.

McFarlan hundió la punta de su bota en el costado del fiambre. No hubo reacción. Era un bulto inerte. Un gran charco de sangre se extendía bajo su cabeza formando figuras que cambiaban de aspecto a medida que el terreno lo modelaba. De pronto comenzó a esbozar el contorno de una aureola. Con las suelas, McFarlan arrastró al charco un montón de tierra y la sangre se convirtió en barro rojizo. Luego se acuclilló junto al cadáver y le acarició el cuello. Estaba caliente.

—Tenías que morir —le dijo—. No quedaba otra. Era o tú o yo.

Una voz comentó a su espalda:

—Buen disparo.

—No era difícil. El muy idiota se quedó quieto.

—Sí —respondió la voz a su espalda—. Al verse sorprendidos, los corzos siempre lo hacen.

David McFarlan se volvió y le hizo un guiño a su interlocutor.

Brais Mosqueira le devolvió el gesto de complicidad. Cuando llegó a su lado extrajo un cartucho de la canana que llevaba cosida al chaquetón y se lo ofreció para que recargara el arma.

—Por si entra otro bicho —explicó—. Nunca se sabe.

El tono nasal de su voz contribuyó a darle a la frase un tono siniestro.

Brais tenía la cabeza grande. La frente ancha y el cogote achatado hacían que pareciera una berenjena.

—Los corzos huelen la muerte. Los que anduvieran por aquí habrán huido despavoridos al oír el disparo, como huyen las musas esquivas cuando huelen el fracaso —replicó McFarlan mientras aceptaba el cartucho que le ofrecía su amigo y lo introducía en el cargador del rifle.

—Si un solo disparo sirviera para ahuyentar todas las amenazas que se mueven a nuestro alrededor —respondió Brais— ni tú ni yo hubiéramos necesitado venir al fin del mundo.

—Los borrachos siempre seremos necesarios, amigo mío. El nuestro es el oficio más antiguo de la humanidad.

—Somos borrachos, no putas...

—No son oficios muy distintos. A los dos se llega por el mismo camino.

Brais ponderó la reflexión de McFarlan y al cabo de unos instantes sacudió la cabeza en señal de afirmación.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —preguntó McFarlan.

—Le diremos a mi mujer que mande a buscarlo. A cambio pedirá la mitad de la carne, ya lo sabes.

—Es un trato justo.

—No, no lo es —repuso Brais—, pero a Teresa le mueven otros criterios. Si la justicia fuera uno de ellos, ya hace tiempo que me hubiera despeñado desde lo alto de la cascada de Ézaro.

McFarlan sonrió. Aunque su relación con Teresa era intermitentemente borrascosa, en el fondo el aprecio pesaba más que el recelo. A ella no le gustaba que él llenara de alcohol y amargura el tiempo libre de Brais, pero admitía que su influencia, cuando estaba sobrio, también le aportaba cosas positivas. El ambiente de Lira era demasiado opresivo y la soledad pesaba como un fardo. Brais podía hablar con McFarlan de otros lugares y de otros hombres, de países remotos y de selvas peligrosas, y de los héroes que surcaban los mares

dispuestos a descubrir tesoros ocultos y fieras mitológicas. De no ser por eso, Teresa le hubiera perdido para siempre. Sin esa clase de sueños, Brais se habría convertido poco a poco en uno de los hombres de piedra del monte Pindo, o tal vez hubiera emigrado como un pato sombrío a los Grandes Lagos de Estados Unidos para morir de tristeza al lado de sus mejores recuerdos.

Brais había nacido en La Coruña alrededor de 1950. Nunca quiso averiguar la fecha exacta. Lo poco que sabía de su llegada a este mundo era que, después de nacer, sus padres le acomodaron en una caja de cartón, le llevaron de noche a la entrada principal de un hospicio y se quitaron de en medio sin dejar ningún rastro. Aunque el carácter impulsivo del acto que les llevó a engendrarlo no era difícil de imaginar, su madre dejó una nota manuscrita que despejaba cualquier duda:

Mis errores no valen una vida humana. Que los planes de Dios guíen tu existencia.

A los doce años, Brais se embarcó como polizón en un mercante de bandera norteamericana que transportaba madera a Savannah, en el estado de Georgia. Durante la travesía hizo amistad con un sobrecargo de Milwaukee llamado Warren que le brindó la oportunidad de trabajar como leñador en el negocio de explotación forestal que dirigía su hermano. Cruzaron juntos en autobuses de línea los estados de Georgia, Tennessee, Kentucky, Indiana e Illinois y llegaron a Wisconsin diez días después de haber arribado al puerto de Savannah. El hermano de Warren trabajaba en un rancho poblado de arces, en la ciudad de Shorewood, pegado a la orilla del lago Michigan.

Los dueños del rancho, William y Susan Donaldson, formaban un matrimonio ejemplar. Tenían una hija que se llamaba Shaina. Shaina y Brais eran de la misma edad. Los dos conec-

taron desde el principio y se hicieron buenos amigos. Treparon juntos a las copas de los árboles, pescaron caballos rojos en los deltas del lago y aprendieron a hacer sahumeros con palmas secas para sacar a las abejas cuco de las colmenas que colgaban de los tilos. Cuando cumplieron quince años acompañaron a William a cazar lobos grises y con el paso del tiempo llegaron a convertirse en tiradores expertos. Para Brais, aquellos años constituyeron la epifanía feliz a una vida de aventuras que selló su carácter para siempre.

William y Susan Donaldson regularizaron los papeles de Brais y lo acogieron en su casa como a un hijo más. Pero entonces rotó la dirección del viento. Un mal día, la furgoneta familiar patinó sobre una placa de hielo, se salió de la carretera y cayó al fondo de un barranco. Susan protegió con su cuerpo los cuerpos de los chicos. Ella murió en el acto. William llegó desahuciado al hospital y falleció al día siguiente. Shaina tardó tres años en volver a caminar. El accidente le molió casi todos los huesos del cuerpo. Brais, en cambio, salió milagrosamente ileso del percance.

Al quedarse sin hogar, los servicios sociales decretaron su ingreso en un orfanato. Año y medio después pidió que le dejaran ir al hospital para celebrar el cumpleaños de Shaina. Al inclinarse para besarla en la mejilla, después de soplar las diecisiete velas de la tarta, le susurró al oído:

—Si sigo enjaulado en ese hospicio de niños perdidos acabaré convertido en el Capitán Garfio. Prefiero dormir libre debajo de un puente que seguir prisionero en esa ratonera.

Shaina asintió con la cabeza, se bebió las lágrimas con un hondo suspiro y le dio un abrazo de despedida. También a él le costó reprimir la emoción. Después salió al pasillo, saltó por una ventana de la planta baja y se perdió de vista. Desde ese día fue de aquí para allá, como un bote a la deriva, y cuando alcanzó la mayoría de edad se marchó a recorrer el mundo en busca de nuevas aventuras.

A McFarlan le sentaba bien la compañía de Brais. Los días que amanecía sin resaca y no hacía un tiempo de perros iban juntos a las playas de Carnota o de Nemiña con tablas de surf, arrancaban percebes de las rocas con olas de cuatro metros, salían a cazar y se emborrachaban hasta perder el conocimiento. Brais era lo más parecido a un amigo que McFarlan se había podido permitir. A lo largo de una vida solitaria y huraña, primero como escritor a tiempo completo y luego como alcohólico a tiempo parcial, solo se había codeado con amantes ocasionales, colegas envidiosos, alumnos aplicados y lectores fieles y agradecidos. Los papeles de la pareja estaban bien definidos: Brais, aunque era diez años mayor, aportaba la energía vital y McFarlan el suministro de alcohol y las citas literarias.

Cuando iniciaron el camino de regreso a Lira, McFarlan preguntó:

—¿Por qué tardaste tanto en regresar aquí?

—Porque ningún niño imaginativo que nace al lado del océano Atlántico y crece asomado al lago Michigan —respondió Brais— puede dejar de navegar por todos los mares azules o de explorar las espesuras de la tierra. Todos los días detenía el dedo en un punto del mapa y pensaba que algún día viajaría hasta allí. Mi mente estaba llena de mujeres bosquimanas, ciudades milenarias ocultas entre árboles de Hemlock y osos negros con garras asesinas. Después de recorrer medio mundo me di cuenta de que siempre repetimos la misma aventura, así que me harté de buscar El Dorado. Hay lugares que solo existen en nuestra imaginación. El único puerto seguro es el de nuestra infancia. Galicia es la tierra donde nació. Volví para morir cerca de mis peores recuerdos. Son malos, pero al menos me pertenecen. Todo lo demás han sido vidas de repuesto prestadas por extraños.

—¿Es eso lo que le dijiste a tu mujer cuando te lo preguntó?

—Claro que no. A ella le dije que encontré un plano dentro de una botella con las coordenadas exactas del lugar donde se hallaba la chica de mis sueños.

—¿Y te creyó?

—Supongo que no. Pero las mentiras halagadoras, con el paso del tiempo, acaban pareciéndose mucho a la verdad.

—No creo que te cansaras de buscar la tierra prometida. Creo que la encontraste y no te gustó. Viniste aquí porque la Norteamérica que te fascinaba cuando eras más joven, la de Camelot, Hollywood, *El guardián entre el centeno*, el viaje a la luna y la mantequilla de cacahuets se ha convertido en el templo de un capitalismo grasiento repleto de ranas visón que huelen a cebollas podridas y dentelladas de caimanes que se devoran entre sí.

—No te equivoques de fugitivo —repuso Brais negando con la cabeza—. Ese fue tu caso, no el mío. No me gusta Kennedy, no voy al cine, no he leído a Sallinger, creo que el viaje a la luna solo fue un truco de la televisión y prefiero mil veces la manteca auténtica a la crema de cacahuets. América nunca me fascinó. A ti sí, porque te dio todo lo que tienes. A mí, en cambio, me lo arrebató.

—Todo lo que yo tengo es lo que me ha hecho un hombre despreciable. Créeme, Brais: cuando me miro al espejo no encuentro en mí ningún vestigio fascinante. No se puede huir de lo que no se tiene. No fue por eso que vine hasta aquí.

—Yo sé muy bien por qué viniste —dijo Brais como si estuviera señalando el doble fondo de la chistera de un prestidigitador.

McFarlan se sobresaltó. Aquella extraña confidencia resonó en sus oídos como una alusión incriminatoria. ¿De verdad lo sabía? ¿Estaba al corriente de que la hija de Shaina murió por su culpa? ¿Y de todo lo demás? ¿Había leído el informe de la autopsia? ¿Qué otra cosa podía saber? ¿Se había carteadado con ella? ¿Conocía su trabajo? ¿Era posible que también supiera que se había apropiado de él? No podía des-

cartarlo, desde luego. Pero en ese caso, ¿por qué no le dio la espalda la primera vez que se saludaron? ¿Por qué cultivaba su amistad como si fuera digno de merecerla?

La conversación aún llevó más inquietud a su mala conciencia:

—¿En Nueva York conociste a las dos hijas de Shaina?

—No. Solo a Cynthia. A su hermana Rebecca no llegué a verla nunca.

—Yo tampoco —suspiró Brais con pesadumbre—. Y, sin embargo, Cynthia me habló tanto de ella durante los tres años que pasó aquí que tengo la impresión de conocerla.

—Sé que estaban muy unidas. También a mí me contó muchas cosas de su hermana.

Tras avanzar unos metros sin pronunciar palabra, Brais preguntó a bocajarro:

—¿Por qué crees que no hablamos nunca de Cynthia?

McFarlan dejó de caminar.

¿Iba a ser ese el momento en que su amigo le confesara que sabía todo lo que pasó?

El vértigo le nubló la vista.

—No lo sé.

—¿Te habló Cynthia de mí cuando os conocisteis en Nueva York?

McFarlan dejó que respondiera el instinto. Las palabras no nacían en su cerebro.

—Me dijo que, según Shaina, eras un estúpido pirata que había perdido el mapa del tesoro.

—¿Nada más?

—Que cazabas lobos grises con ella en los Grandes Lagos y que le prometiste que la llevarías a recorrer los rincones más bellos del mundo.

—¿Te habló del accidente?

—Sí. También me habló de eso...

—Aquel barranco se tragó sus sueños —sentenció Brais antes de que McFarlan pudiera interrumpirle.

Las señales de peligro desaparecieron. McFarlan respiró aliviado y se puso a caminar de nuevo. No eran sus fantasmas los que sobrevolaban aquella conversación. Eran los de Brais. Los ángeles oscuros que aleteaban por encima de sus cabezas no procedían de la misma tumba.

—Y su muerte se tragó los tuyos... Ya lo sé, Brais. La vida es una grandísima putada. Es como un cuento escrito por un idiota que no tiene ningún sentido. Así que no trates de dárselo.

—No lo sabes todo —dijo Brais mientras sus ojos se iluminaban como faros que alumbraran una verdad trágica y profunda—. ¡Yo la maté!

McFarlan se sobresaltó. Pero el pellizco de la extrañeza se desvaneció enseguida.

—No digas idioteces —replicó, enfadado—. Tú estabas al otro lado del mundo cuando Shaina murió.

—A veces no hace falta apretar el gatillo para disparar un arma. No pudo soportar que yo viviera sin ella la vida que habíamos soñado juntos. Después del accidente ya no podía trepar a los árboles, ni surcar el mar en barcos de fortuna. No me di cuenta de que cada vez que le enviaba una carta contándole mis aventuras le recordaba todo lo que la vida le había arrebatado. No pudo soportarlo y perdió las ganas de vivir. Yo se las quité.

—¡Eres un viejo imbécil que solo sabe decir gilipolleces!

—Solo digo la verdad. Era como mi hermana y yo la maté.

—¡No! —bramó McFarlan, arrastrado por la furia de su propio remordimiento—. ¡Tú no sabes lo que es matar a alguien de verdad!

—¿Y tú sí? —la pregunta de Brais restalló en el aire como un latigazo.

McFarlan contuvo la respuesta en el último instante. Aunque sabía que el pasado no iba a dejar de atormentarle mientras no lo sacara a la luz, el miedo acabó ganando de nuevo la batalla y, una vez más, el silencio se apoderó de él.

—Necesito un trago —dijo con voz destemplada.

—Acordamos que hoy tocaba ley seca —repuso Brais mientras palmeaba sus bolsillos para demostrar que no llevaba escondida ninguna licorera.

—Mal día para dejar de beber —se lamentó McFarlan.

—Créeme: hoy soy yo quien más lo necesita. Debo quitarme de la cabeza una de esas putas leyendas lugareñas que me cuenta Teresa cuando se achispa.

—¿De qué va?

—De un viudo que tenía dos hijos. El varón se llamaba Egas, y su hermana, Aldara. Vivían en el castillo de Peñafiel, en el monte Pindo. Los dos hermanos cazaban y cabalgaban juntos todos los días. Una noche, Aldara no se presentó a la cena. Su padre y su hermano fueron a buscarla. Registraron el castillo de arriba abajo y preguntaron por ella a todos los sirvientes. Al fin, un balletero que había estado de guardia dijo que la vio salir al mediar la tarde. Temiendo una desgracia, padre e hijo, con escuderos y criados, hicieron una batida general. Registraron los hórreos y las pallazas de todas las aldeas. Pero no la encontraron. Después de varios días de búsqueda dedujeron que debió atacarla algún jabalí y que sus restos fueron devorados por los lobos. Un buen día, transcurrido mucho tiempo, Egas salió de caza y vio a una hermosa cierva blanca. Armó apresuradamente la ballesta y disparó. La cierva cayó herida de muerte. Con su cuchillo de monte, Egas cortó una de las patas delanteras de la cierva, la guardó en su zurrón y bajó apresuradamente al castillo. Cuando llegó ante su padre sacó del zurrón la pata de la cierva. Entonces ocurrió algo horrible: en lugar de la pata, lo que Egas halló en la bolsa fue una mano de mujer que lucía en uno de los dedos un anillo de oro con una piedra amarilla. Era el anillo de Aldara. Enseguida, padre e hijo corrieron monte arriba hasta el lugar donde Egas había derribado a la cierva. Y allí estaba Aldara, tendida en el suelo, con su vestido blanco manchado de sangre. A uno de sus brazos le faltaba la mano...

—Ya entiendo —dijo McFarlan, yendo al cogollo de la moraleja—. Y tú crees que Shaina, la madre de Cynthia, es tu cierva blanca...

—¡Créeme, David, por mucho que lo intento no consigo quitarme esa historia de la cabeza!

—Solo te lo diré una vez más, Brais: ¡tú no mataste a Shaina! Pero eso no cambia el hecho de que esté muerta. ¡Acéptalo de una vez! Los muertos no tienen deseos y no pueden condicionar el cauce de nuestra vida. El dolor que crees que le causaron tus cartas es producto de tu imaginación. No puedes devolverle la vida, pero sí puedes elegir el modo de recordarla. ¿A qué mujer prefieres tener en tus pensamientos, a la espectadora atormentada que maldice tu libertad sintiendo lástima de sí misma o a la valiente exploradora que iba a ayudarte a descubrir las ciudades milenarias ocultas entre árboles de Hemlock? ¡Tienes que elegir!

De repente, Brais acercó enérgicamente el dedo índice a la comisura de sus labios. McFarlan pensó que le estaba mandando callar porque se había cansado de su discurso, pero enseguida advirtió que el motivo del gesto era distinto. Ya casi habían llegado a la cabaña. A lo lejos se escuchaban voces que venían de allí. Avanzaron con cautela y vieron en la distancia a un hombre desconocido que estaba jugueteando con Dickens. Cuando McFarlan advirtió que acarreaba una mochila de color verde oscuro y que una cámara de fotos le colgada del cuello, blandió el rifle y se dirigió hacia él cargado de furia.

Nada más verle, el intruso se puso de pie y le dijo en inglés a modo de saludo:

—Me llamo Nuño Robla y he venido a ofrecerle un trato.

McFarlan sabía que se trataba de un periodista. Había aprendido a olerlos de lejos. Cuando llegó hasta él, le apuntó con el rifle y mientras levantaba el percutor le respondió en castellano:

—Estoy sobrio y no me tiembla el pulso. Vengo de meterle un balazo entre ceja y ceja a un puto corzo y tardo diez

segundos en fijar un blanco y dar en la diana. Si sigue usted aquí para entonces comprobará que no exagero en absoluto.

El reportero alzó los brazos como si dos sogas tiraran de ellos hacia arriba. Quería demostrar que no se tomaba la amenaza en balde.

—Usted gana. Me rindo. Pero le advierto que pierde la oportunidad de ganar mucho dinero...

McFarlan, sin dejar de observarle a través de la mira telescópica, respondió:

—Voy a contar hasta tres y no le garantizo que acabe la cuenta...

—¡Tranquilícese! ¡Me voy! —repuso Robla, levantando de nuevo sus manos por encima de la cabeza.

Lentamente giró en redondo y comenzó a caminar hacia su coche, un Hyundai Kona de color amarillo, que estaba aparcado junto a la entrada de la casa. Rodeó el vehículo por la parte trasera para dirigirse a la puerta del conductor. Antes de abrirla acercó con presteza la cámara fotográfica a su ojo derecho, apuntó hacia McFarlan y le gritó:

—¡Sonría, Jonás!

McFarlan ya se había desentendido de él y subía los peldaños que llevaban al porche. Las palabras de Robla le detuvieron en seco. Se giró hacia él. El flash de la cámara parpadeó un par de veces. McFarlan le apuntó con el rifle y disparó. La bala pasó rozando la cabeza de Robla, que se metió en el coche a toda velocidad. La mochila verde se le cayó al suelo. Arrancó el motor y salió pitando. Dickens comenzó a ladrar repetidamente. McFarlan volvió a disparar, pero el coche ya estaba demasiado lejos. Brais le preguntó:

—¿Has disparado a dar?

—Si el flash no me hubiera cegado —respondió McFarlan mientras se dirigía hacia la mochila tendida en el suelo—, a estas horas ese hijo de puta iría camino del hospital sin el lóbulo de su oreja izquierda.

—¿Y si el disparo se hubiera desviado a la cabeza?

—En lugar de un fiambre, hoy habría despachado dos.

McFarlan recogió la mochila y echó un vistazo a su interior.

—¿Ves algo interesante? —quiso saber Brais.

—Interesante no es la palabra adecuada —respondió McFarlan mientras ojeaba un manojo de folios sujetos por un clip—. Al parecer, el gran periodista Nuño Robla está escribiendo un artículo sobre mí. Escucha esto: «El Jonás de las letras sale del vientre de la ballena». ¡Menuda mierda!

Los dos amigos entraron en la casa y se dirigieron a la cocina. Mientras McFarlan leía el artículo completo, Brais cogió un plato con forma de bacía y lo llenó de galletas para perros. Cuando se lo iba a acercar a Dickens, McFarlan ordenó:

—No le des de comer. Hoy está castigado.

Brais le miró con cara de asombro.

—¡No lo dirás en serio!

—Ese chucho siente debilidad por los periodistas. Le atraen mucho más de lo que a mí me repelen. La naturaleza de su predisposición hacia ellos, ya lo has visto, es una suerte de interés real, casi humano. El muy bastardo nunca rechaza una caricia de esos entrometidos que tratan de alcanzar la fama a mi costa. Hoy el altruismo de Dickens ha llevado nuestra amistad a un punto de ruptura. Ya te lo he dicho: está castigado. No le des de comer.

Brais, incapaz de vencer su perplejidad, miró alternativamente al perro —que aguardaba con impaciencia la comida mientras movía la cola— y a McFarlan, que volvió a enfrascarse enseguida en la lectura del artículo de Robla. Finalmente fijó su mirada en la bacía, en cuyo borde podía leerse «Yelmo de Mambrino» escrito con letras azules, y la puso en el suelo. Dickens hundió en ella su hocico con delectación.

—¿Hay algo interesante en el artículo? —preguntó Brais una vez que se hubo desentendido del perro.

—Solo un puñado de idioteces redactadas por un junta-letras que confunde a Jonás con el capitán Ahab —dijo McFarlan antes de lanzar el manuscrito al cubo de la basura.

—¿Cómo crees que ha sabido dónde encontrarte?

—Será cosa del cretino que vino a tocarme las narices al poco tiempo de llegar aquí. O de los gacetilleros locales que se pasan por aquí de vez en cuando.

—No lo creo. Para ellos solo eres el americano que vive en Finisterre: un buen tema para un artículo de interés humano. Nada más. Ninguno sabe quién eres en realidad.

—Antes o después era inevitable que lo descubrieran. Me sorprende que haya tardado tanto.

Aún seguían hablando cuando sonó el teléfono del estudio. Era Manuel Cabaleiro, sargento de la Guardia Civil del puesto de Muxía. Quería informar de que Nuño Robla, periodista *freelance*, se había personado en el cuartelillo para presentar una denuncia contra McFarlan por tentativa de homicidio.

—Necesito tomarle declaración, señor McFarlan —dijo el agente con voz neutra—, y debo saber si está dispuesto a venir voluntariamente a responder a unas cuantas preguntas.

McFarlan respondió con jovialidad:

—No se preocupe, sargento. Gracias a Dios, hoy estoy sobrio como un juez y puedo conducir sin problemas. Llegaré allí en poco más de media hora. Sin duda debe tratarse de un malentendido. —Cuando colgó el auricular hizo temblar sus labios mediante un sonoro resoplido. Miró a Brais y le dijo con entusiasmo—: El día se pone interesante. Aún puedes hacer tu buena acción del día.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—¡Mentir, amigo mío! La mentira es la única moneda de cambio que se acepta por igual en todos los países del mundo.

Y, a continuación, saludó su propia frase con una sonora carcajada.